

Lorenzo Meyer

La inercia está del lado del que ganó, dice en entrevista el autor de *El espejismo democrático*

Por SERGIO RAÚL LÓPEZ

La democracia no ha llegado a México. Sin embargo, la derecha, que resultó ganadora de la discusión y de la elección presidencial del 2006 tiene la inercia de su lado. Tiene, además, los medios de comunicación, el mando del Ejército, la burocracia gubernamental, la administración de los impuestos, por lo que es posible que se vaya asentando en el poder.

Es probable que, "llegando la elección del 2012, tenga muchísima mayor cancha para entregar el poder en sí misma, que la derecha se lo entregue a la derecha, dejando a Felipe Calderón a un lado -no era ni es una figura brillante, ni quien lo conociera- y lo dé a otro personaje de la derecha, que ahora se ven tan oscuros todos".

La anterior lectura de la realidad política mexicana no refleja lo que el analista político Lorenzo Meyer desea para el país, sino lo que ve, aunque esto no le gusta. "No lo puedo negar. A diferencia de un político, un académico escribe acerca de lo que es".

A un año de la elección presidencial, incluso antes, el profesor e investigador -desde 1970- de El Colegio de México fue lentamente llegando a una conclusión: la tan promocionada elección presidencial del año 2000, en la que el panista Vicente Fox acabó con siete décadas de control presidencial prieta, no fueron una transición democrática sino un espejismo.

Y recuerda con un inevitable dejo de insatisfacción:

"Fareció el momento histórico clave, el punto en el que confluye una larga historia mexicana de ficciones democráticas, de realidades autocráticas, de rebeldías de ciertos sectores sociales, para permitir el gran salto, modernizarnos políticamente, llegar a la democracia de manera retrasada respecto de muchos otros países, incluso de la zona latinoamericana, sin duda, como Costa Rica o Chile".

Como la mayoría de los ciudadanos mexicanos, Meyer se dejó arrastrar por el optimismo. Ahora, en el 2007, dice estar pagando esa rosca, esa desilusión. ¿Por qué? En realidad, advierte, el año 2000 no representó el verdadero quiebre, sino una aproximación, porque los dos candidatos que competían seriamente por ganar la elección, tenían una plataforma electoral muy parecida.

"En realidad se ofrecía una opción de personas y de retórica, pero no de proyecto, que era el mismo. Y si el grueso de los ciudadanos lo vio como lucha de opiniones, los verdaderos poderes de este país, los grandes empresarios, la iglesia católica, los televisores y Estados Unidos, se dieron cuenta que ganara quien ganara era más o menos lo mismo y que, en realidad, si por fin el PRI dejaba el poder a alguien



Lorenzo Meyer

que programáticamente era igual, habría una introducción de legitimidad, de energía, de vitalidad al sistema, lo que para todos los interesados, desde esa perspectiva conservadora, era una muy buena idea".

La pitáya con que se recubrió a la democracia mexicana era muy brillante, deslumbrante. Pero, prosigue, cuando se presentaron opciones verdaderas, entre comillas, pues era una izquierda moderada - y no la socialista que va por el camino de las expropiaciones, nacionalizaciones, ataque al capitalismo- y una derecha no tan moderada, en pleno uso de sus facultades y potencias, dicha situación, por razones que no le quedan enteramente claras, espantó a la derecha.

"Yo la suponía -a la derecha- más inteligente, más de mundo, que no se espantaba por cosas chiquitas. La izquierda tiene ideología, la derecha no, esa tiene intereses, y sabía que sus intereses básicamente estaban a salvo, que López Obrador no tendría muchas márgenes de maniobra. Sin embargo, no se permitió el libre juego democrático, las formas se mantuvieron pero el espíritu estaba ausente. La presidencia, desde el principio, se lanzó a matar contra la izquierda y su líder, porque una idea peregrina, rarísima de Fox: que su esposa podía sucederlo. Solamente alguien de Guanaajuato y del rancho San Cristóbal pudo haber tenido eso en mente y en la de una persona tan ambiciosa como María Sahagún".

En ese momento, asegura el analista político, se introdujo un elemento muy corrosivo para el recién nacido espíritu democrático mexicano. Posteriormente se enfrió el verdadero duelo: la búsqueda y uso de los videos -donde los billetes, las

ligas y el vides, la forma fue el fondo y no la corrupción como la forma antigua de la política-, el juicio de desafuero, para culminar con una campaña en lo que dominó es el miedo. "El resultado es, al final, una campaña llena de dureza, de acusaciones, en donde el espíritu democrático quedó muerto en el camino", explica.

"Entonces, la derrota de la izquierda, por medio punto, y la negativa de la estructura institucional y de la derecha a recostar los votos, que ya se dieron en un ambiente donde los datos estaban cargados. En fin, el último punto, esta apertura de los paquetes para que todos quedemos conformes, no tienen que abrirse en todas las ocasiones, pero cuando la diferencia es de medio punto sí, y sobre todo entre rivales tan duros. Y la decisión de no abrirlos, alegando una serie de argumentos jurídicos, que cada quién interpreta como puede y en realidad gana el que tiene más poder y no el que tiene la razón jurídica".

Y justo esas reflexiones nutren y llenan su libro más reciente, *El espejismo democrático. De la euforia del cambio a la continuidad* (Océano), que busca recordar la textura, "muy clarita", del 2000: las sonrisas, las lágrimas, los gritos, los plañones, la irritación, la euforia, que con el tiempo se irán perdiendo.

Actualmente, dice Meyer, una buena parte de los mexicanos, más del cuarenta por ciento, considera que algo podrido hubo en la "Dinastía mexicana del 2000", y si bien es cierto que Andrés Manuel, ha visto disminuir su apoyo en la ciudadanía, es grave que casi la mitad dude de la honestidad, de la legitimidad de los comicios y que otra parte impertinente dude si hubo o no fraude. "hace que en ese punto la dicotomía en la política mexicana, en la sociedad mexicana sea muy clara".

Sin embargo, pronostica que dentro de unos años, las inercias, que ya están en función, irán acomodando más los intereses, las visiones políticas de la sociedad mexicana que son enormes. Y la derecha se seguirá conduciendo así: "La Reforma Fiscal, que no lo es porque para serlo necesitaría transformar la naturaleza del fisco, simplemente se trata de obtener un poco más de recursos para esa masa que, con un poquito que se le dé, se conforma".

Y es que la sociedad mexicana ha vivido mucho a merced de las inercias, explica. Tras el enorme trauma de la Conquista, vinieron tres siglos de completa calma en la dominación general virreinal. Actualmente, dice: "México sigue tomado por su pasado muy viejo, todavía por la herencia colonial, una historia muy lejana que no hemos podido superar, nació a la vida moderna como una gran colonia de explotación. Aquí se creó toda una estructura política, religiosa, cultural, económica a facilitar la explotación de los más por los menos. Cuando esa colonia llegó a su punto final, el país entró en un proceso